

DIANA.

Ese es mi secreto... y no tratéis de adivinarle, porque sería inútil. Ahora, tengo que hablar al duque de Aleria : ¿ creéis que haya ido muy lejos con la señorita de Saint-Genex?

URBANO, con viveza.

Voy á buscarle. (Se adelanta hácia el fondo.)

DIANA.

Eso es, id. (A parte.) Pobre muchacho ! estaba deseando tomar la puerta.

ESCENA XI

DUNIERES, LA MARQUESA, URBANO, DIANA.

DUNIERES, entrando por la galería y viendo salir á Urbano.

Buenas tardes, querido Urbano... Calla ! estabais ahí con mi pupila? y yo que la andaba buscando!... ¿ Pero á dónde vais tan de prisa?

URBANO.

Voy á desempeñar un encargo de la señorita. (Sale por el fondo.)

ESCENA XII

DUNIERES, LA MARQUESA, DIANA.

LA MARQUESA.

A donde le mandáis?

DIANA, sonriendo.

Va á buscarme unas plantas.

LA MARQUESA.

No habéis hablado de otra cosa?

DIANA.

Si, señora.

DUNIERES.

Y bien?...

DIANA.

Ya os lo contaré despues. (El duque entrando por el fondo.) Aquí está el duque; este no se hace esperar!

ESCENA XIII

DUNIERES, LA MARQUESA, EL DUQUE, DIANA.

EL DUQUE.

Me estabais esperando?

DIANA.

No os lo ha dicho vuestro hermano?

EL DUQUE.

No lo he visto.

DIANA.

Habéis entrado con la señorita de Saint-Genex?

EL DUQUE.

Y tanto mas pronto, cuanto que no he salido.

DIANA.

Pues y ella?

EL DUQUE.

Fué al parque á dar un paseo con Pedro.

DIANA.

Quién es Pedro?

EL DUQUE.

El marido de su nodriza.

DIANA.

Ah ! sí. Carolina me ha hablado de él : un hombre escelente.

LA MARQUESA.

En todo y por todo.

DIANA.

Así lo creo, y por eso le quiero.

EL DUQUE.

Ah ! le queréis?...

DIANA.

Se me figura que sí.

DUNIERES.

Pero ¿de quién habla? á quién se refiere?

DIANA, yendo cerca de la marquesa.

A nadie! ya sabéis, las muchachas piensan en mil cosas á la vez.
(Con gravedad.) Pero no se trata de eso. (Al duque.) Tengo que hablaros.

DUNIERES.

Bien! esta es otra!

DIANA, al duque.

Y que hablaros en secreto.

DUNIERES.

Al duque? Ah! pero yo no lo permito!

EL DUQUE.

No es igual, Dunieres? ¿qué mas tiene mi hermano que yo?

DUNIERES.

No es lo mismo.

DIANA, al duque.

Papá Dunieres tiene razon. Sin embargo, quiero hablaros sin que nadie nos oiga.

LA MARQUESA, á Dunieres.

Pues bien, vámonos, amigo mio.

DUNIERES.

No, no, yo me quedo.

DIANA.

Bueno, quedaos, nadie os despide. (A Dunieres) ¡Pero cuidado con escuchar!

DUNIERES.

Con ámbos oídos.

LA MARQUESA.

No, estád tranquila. Vamos á jugar una partida de ajedrez; y no oirá una palabra. (A Dunieres.) Aparentád que jugáis. (Va á colocar el tablero sobre el escritorio.)

DUNIERES.

En fin, marquesa, puesto que así lo queréis, y si me prometéis que no sabrá nada mi esposa... (Se sienta á la izquierda, frente á la marquesa.)

EL DUQUE, á Diana.

Y bien, y esa confidencia?

DIANA.

Dije que era una confidencia?

EL DUQUE.

Creo que sí.

DIANA, alejándose con él hácia la derecha.

Sí? pues bien, amo verdaderamente á vuestro hermano.

EL DUQUE.

Y tenéis razon en amarle.

DIANA.

De verás?

EL DUQUE.

De veras.

DIANA.

Y qué serio os ponéis para decirlo!

EL DUQUE.

Oh! es que yo soy muy serio cuando quiero.

DIANA.

Y lo queréis con mucha frecuencia?

EL DUQUE.

Siempre que se trata de Urbano.

DIANA.

De modo que aprobáis mi eleccion?

EL DUQUE.

La apruebo y os admiro.

DIANA.

De qué? no admiráis vos tambien á vuestro hermano?

EL DUQUE.

Oh! eso en mi no tiene nada de extraño, lo tendria el que así no lo hiciera! Vos le adivináis, yo le conozco á fondo.

DIANA.

Entonces, ¿creéis que no tendría sentido comun si no le prefiriese á vos y á todos los demas hombres? Pues escuchád!

DUNIERES.

Escucho!

EL DUQUE.

¡Ah! ¡Dunieres!

LA MARQUESA, bajo, á Dunieres.

Callaos! que yo tambien estoy escuchando

DIANA, al duque.

El marques me ha dicho una cosa que me da en qué pensar: «No os caséis sino con un hombre que os ame apasionadamente!» Lo cual quiere decir: «Yo no os tengo ni chispa de cariño!»

EL DUQUE.

O bien: «Espero que la pasion venza al orgullo!»

DIANA.

Sin embargo, en los libros de caballería...

EL DUQUE.

Oh! las hadas que en los libros de caballería sirven de madrinas á las señoras hijas de Eva hacen que se las ame á primera vista; pero en el pobre mundo en que vivimos, la muger tiene que recurrir al poder de sus propios atractivos. Los vuestros son de buena ley; ejercitádos. Es un ensayo que no haréis sino una vez en la vida; hacédele en la confianza de que nadie es mas digno que mi hermano.

DUNIERES, entusiasmado.

Bravísimo!

DIANA.

Ah! estabais escuchando?... ¡esa es una maña muy fea. a á Dunieres!

DUNIERES.

Si, lo será; ¡pero no hay oídos que resistan á la tentacion de escuchar cosas tan buenas! (Se levanta y se dirige hácia el duque.) Duque, sois un hombre de provecho.

EL DUQUE.

Cuando yo os lo decia!

DUNIERES, á Diana.

Conque, vámonos, Diana? va anocheciendo, y... (Pedro entra con una lámpara encendida que coloca sobre el escritorio.)

DIANA.

Ha vuelto la señorita de Saint-Genex?

PEDRO.

Si, señorita. (Cierra la ventana de la izquierda y sale por el fondo.)

DUNIERES.

Vámonos, que es tarde!

DIANA.

Pero esperád que recapitule. (Al duque.) Si avisarais que preparasen el carruaje?...

EL DUQUE.

Es decir que ya no me necesitáis. (Hace que sale y vuelve.) ¿Debo enganchar yo mismo los caballos?

DIANA.

Oh! no; son tan buenos, que se enganchan ellos solos. (Sale el duque por el fondo.)

ESCENA XIV

LA MARQUESA, DIANA, DUNIERES,
despues EL DUQUE y URBANO.

LA MARQUESA.

Y bien, querida mia, y esa gran recapitulacion?

DIANA.

Mañana os la diré. Es menester que hablé esta noche con mi madrina.

DUNIERES.

Ah! aun no habéis decidido?...

DIANA.

Si, estoy decidida á una cosa: á ser la hija de la mejor de las madres. (Abrazando á la marquesa.)

LA MARQUESA, besándola.

Ah! querida Diana!... (Entra el marques por el fondo.)

DIANA, bajo.

Silencio! Hasta mañana.

URBANO.

Qué, os vais?

DUNIERES.

Sí. De donde venís tan sofocado?

URBANO.

Fuí á buscar á mi hermano, por complacer á la señorita Diana, y por mas que he seguido la huella de... (Se dirige hácia la izquierda.)

DIANA.

No le habéis encontrado? No importa.

EL DUQUE, viniendo por la galería.

El carruaje de la señorita de Saintrailles está ya listo.

DIANA.

Buenas noches, señor marques!

DUNIERES, á la marquesa.

No os molestéis en acompañarnos.

LA MARQUESA.

Tengo en ello gran placer. Venid, Cayetano.

URBANO.

Dispensádle, mamá; necesito decirle dos palabras. (Diana, la marquesa y Dunieres desaparecen por la galería.)

ESCENA XV

EL DUQUE, URBANO.

EL DUQUE.

Antes de escuchar lo que tienes que decirme, déjame darte la enhorabuena por...

URBANO.

Despues; decidme primero...

EL DUQUE.

Decidme? es la segunda vez que me hablas así esta noche! Qué significa eso?

URBANO.

Significa que quiero saber vuestra resolucion respecto á la señorita de Saint-Genex. Si hemos de continuar viviendo en familia, es menester que le deis vuestro nombre; ni mi madre, ni mi muger pueden vivir bajo el mismo techo que vuestra... conquista.

EL DUQUE.

Por qué no dices mi querida?... en fin, te doy gracias en nombre de la señorita de Saint-Genex por ese pequeño miramiento! Urbano, tu estás loco!

URBANO.

Puede ser; pero necesito una resolucion. Vos habéis dicho que al casarme me convierto en gefe de la familia: casaos tambien para conservar siquiera vuestros derechos de primogenitura en el aprecio público.

EL DUQUE.

Pues no vas muy de prisa! Conque he de casarme de sopeton, sin saber si agrado, si?...

URBANO.

Basta! no creais que me dejo engañar por esa grosera broma!

EL DUQUE.

Broma... y grosera? No comprendo!

URBANO.

Oh! comprendéis perfectamente.

EL DUQUE.

Cuando digo que no.

URBANO.

Yo os digo que sí!

EL DUQUE.

Me arrojáis un mentis al rostro?

URBANO.

Podéis tomarlo como queráis.

EL DUQUE, pasando á la derecha.

Vamos, empiezo á ver claro y á creer lo que no creía: eso es que estáis celoso!

URBANO.

Celoso de vos?

EL DUQUE.

Sí, celoso de mí. Estáis enamorado de la señorita de Saint-Ge-neix, mucho mas enamorado que yo, por lo que veo. (Se sienta en el sofá.)

URBANO.

Cosa que no es muy difícil. Esa ú otra ¿qué mas tiene para vosotros, sacerdotes del placer, que andáis siempre á caza de la diversion y de la variedad? Pero me amáis tanto, sois tan generoso, tan agradecido... que, si yo lo exigiera, hasta me cederiais vuestros derechos á ese corazon!... ¡Les tenéis tan poco apego! ¿Y á qué podéis tenerle vos, que habéis arruinado alegremente á vuestra madre y que, para indemnizarla, introducís en su casa el escándalo y el ridículo? Ah! pero eso nada os importa!... á los ojos de vuestra amable corrupcion todo eso es juego de niños... fruslerías que no merecen la pena, y mi indignacion debe pareceros bien risible!... Y como soy yo el que está enamorado, no vacilariais en... Ah! vuestra generosidad de libertino es horrible, señor... duque! ella sumerje en el fango cuanto con vos se relaciona... vuestros proyectos, vuestras ideas... hasta vuestras miradas son una mançilla para la muger que las sufre; y si yo hubiese tenido la debilidad de amar á la que hace poco aludiais, habria dejado de amarla desde el instante en que hubiese recibido el ultraje de vuestros pensamientos! (Es de noche, y reina al exterior completa oscuridad.)

EL DUQUE, levantándose.

¡Por Cristo bendito, que sois capaz de agotar la paciencia de un camello! ¡Idos al diablo, señor pedante! Oh! los hipócritas de la virtud!... los santos que nos califican de miserables!... Pues bien! estos miserables son ménos dañinos que vosotros! porque si es verdad que derrochan el dinero ageno, saben dar el alma y la vida en cambio de un beneficio!... Mientras que vosotros, reventando de orgullo en el pináculo de vuestra necedad, queréis que preven-

gan vuestros descos, que os adivinen, que os adoren como á semidioses. Y cuando una pobre muger no os hace caso, la convertís en objeto de vuestras sospechas, de vuestro odio! Sí, aborrecéis á Carolina... y no son mis miradas ni mis pensamientos los que la mancillan, son vuestras palabras! Y ¿sabéis por qué la odiais?... Porque rie conmigo y bosteza á vuestro lado!... no se necesita mas para que habléis de echarla ignominiosamente de vuestra casa!... Pero yo tambien estóy en vuestra casa!... Oh! ¡si pudiese ántes de abandonarla arrojaros á la cara vuestros beneficios! Pero aun me queda algo... ese resto que me habiais salvado y que yo pensaba consagrar á mi madre. Guardád ese mérito para vos solo! Me haré artesano, mendigo, lacayo... si, lacayo ántes que sufrir ni un dia mas el disgusto y la vergüenza de tener nada que agradeceros! (Sale por el fondo, cerrando la puerta violentamente.)

ESCENA XVI

URBANO, solo.

Ah! esto es horrible!... hermano mio!... No sé donde estóy!... No veo... Y mi hijo!... (Se apoya sobre el respaldo del sofá.) Pero es que voy á morir?... Oh! me ahogo!... (Quiere abrir la ventana.) No puedo!... Aire, Dios mio, aire!... (Rompe un cristal de un puñetazo y cae desvanecido junto al sofá. Carolina entra precipitadamente por la puerta de la galería.)

ESCENA XVII

CAROLINA, URBANO, desmayado.

CAROLINA.

Qué pasa?... ese grito!... ese ruido! Ha sido aquí! (Viendo á Urbano.) ¡Él! (Le levanta enérgicamente, le coloca en el sofá y le alaja la corbata.) Oh! Dios mio, sangre! (Le estanca la sangre de la mano con el pañuelo.)

ESCENA XVIII

EL DUQUE, CAROLINA, URBANO.

EL DUQUE, entrando por el fondo.

Escucha, Urbano, esto es insoportable, absurdo!... (Viendo á Urbano.) Hermano mio!... Urbano!... (Colocándose junto al sofá.) Perdóname, no sé lo que he dicho!... Urbano!... (Horrorizado, interrogando á Carolina.) Dios mio! está?..

CAROLINA.

No, no, únicamente desmayado!... Aire! Abrid la ventana de par en par! Pronto!... un vaso de agua... Allí!... destapád ese frasco!

EL DUQUE, obedeciendo rápidamente.

Pero esa sangre?...

CAROLINA, vendándole la mano.

No es nada, una cortadura.

EL DUQUE.

Qué hacer, Dios mio, qué hacer?

CAROLINA.

Nada por ahora, el médico dirá despues...

EL DUQUE.

El médico? Corro á buscarle. (Va hácia la puerta.)

CAROLINA.

Sí, sí, corré!

EL DUQUE.

Pero está léjos... y no hay caballos! no importa, iré á pié... Mientras...

CAROLINA.

Id, yo respondo de todo!... El corazon late mejor... la respiracion vuelve!

EL DUQUE.

Y si mi madre sabe?...

CAROLINA.

Que no sepa nada!

EL DUQUE.

Pero va á preguntar por vos!

CAROLINA.

Pasád por su cuarto, y tenéd serenidad. Decidla que estóy cansada.

EL DUQUE.

Ah! pod:mos contar con Pedro... voy á enviárosle.

CAROLINA.

Sí, sí, decidle que venga!

EL DUQUE.

Pero, vos...

CAROLINA.

No os cuidéis de mí.

EL DUQUE.

Ah! hermano mio! mi pobre hermano!

CAROLINA.

No perdáis tiempo, id! (El duque sale por el fondo y cierra la puerta. — Carolina desarrolla el biombo y medio oculta el sofá entre sus hojas. — Luego corre las cortinas de la ventana y, volviendo á donde Urbano, le toca las manos y la frente y escucha su respiracion.) Duerme! Oh! gracias, Dios mio! (Va al escritorio, amortigua la luz de la lámpara y se prepara á velar. Cae el telon lentamente.)

FIN DEL ACTO TERCERO